

Rafael Pombo

LOS TRES SOMOS EL POETA . . .

Introito

SI la poesía es, ante todo, un movimiento del alma hacia la eternidad y hacia el misterio; si en ella se encierran vislumbres de otro mundo, muy superior al que conocen los sentidos corpóreos; si brota, más que del cerebro, de las profundidades mismas de un corazón extrasensible; si todo es en ella sentimiento, y exaltación, y frenesí; si se escribe con sangre y con lágrimas en instantes que se prolongarán sobre los siglos; si lleva en sí misma, por último, destellos resplandecientes de Dios y adivinaciones de la Belleza increada, es evidente que al estudiar la obra de un poeta debe llegarse a ella como a los templos en donde mora la Divinidad: con recogimiento, con amor, con el alma abierta a los deleites inefables que se le reservan.

Muy bien que se estudien las influencias que pudieron pesar sobre un poeta; conveniente que se le desarme la maquinaria espiritual, para que pueda penetrarse en los secretos de su arte; necesario tal vez que se la fije en la época a que perteneció y en el medio ambiente en que nacieron sus canciones. Es la única manera de hacer crítica literaria precisa o, si se me permite la expresión, verdadera filosofía de la literatura. Pero todo esto, que es simplemente accidental, no debe ocupar nunca el puesto reservado para lo substancial y duradero. El botánico examina la flor, la clasifica y la disecciona; más afortunado, sin embargo, se embriaga el amante con su aroma, se deleita con su color, se extasia con su frescura, y si la toma entre las manos es para que luzca, más bella todavía, sobre el pecho turgente de una virgen. A la erudición, al estudio, a la ciencia humana, debe-

mos anteponer lo que no se adquiere en las aulas ni en los libros: un alma que comprenda, un corazón que sienta.

Y es así, de alma a alma, de corazón a corazón, como la sombra de Rafael Pombo parece invitarme a analizar su poesía, poesía ligada a mí con el vínculo irrompible de los recuerdos de la infancia, de las añoranzas de la juventud, de las primeras melancolías del otoño . . . Seguidme, si lo queréis, en este viaje de emoción por entre jardines policromos . . . La puerta se ha franqueado . . .

El poeta de la niñez

Corrían los tiempos de mi niñez . . . Todos los días, en los ratos escasos que le dejaban libres las tareas del hogar, me sentaba mi madre sobre sus rodillas, y entre una caricia y un beso, entre un mimo y un halago, hacía correr ante mis ojos las páginas ya rotas de la vieja cartilla de lectura. Con interés creciente seguía yo las explicaciones cariñosas y una mezcla de placer y de orgullo me repicaba entre las venas cada vez que acertaba con la letra que me señalaba el dedo fino y blanco de la mujer inigualada. Ya me eran familiares aquella redonda con que se escribe *oveja*, aquella otra que se veía en la cartilla al lado de un colmenar frecuentadísimo, la delgada y erecta como las torres de una iglesia gótica, y esa tan dulce, tan húmeda, tan de música, tan de susurro, tan de murmullo, que se acurrucaba en el texto al pie de un racimo de uvas muy maduras.

Pero creció mi entusiasmo cuando mi padre, embelesado ante aquel cuadro familiar, me prometió un lindo premio para el día en que leyera de corrido. Muchas, muchísimas noches me tomó el sueño entre sus brazos mientras discurría y meditaba sobre lo que podría ser ese premio. Se me presentaban a la imaginación un triciclo niquelado, rápido como el que hacía mis delicias en el solar de mis primos; un traje de luces, oro y verde, tan rutilante y lujoso como el que lucía —la última tarde de toros— el más arrogante de los tres matadores; una escopeta de municiones que llevaría a los campos aldeaños, para regresar a la casa cargado de *chirlovirlos* amarillos y de palomas grisáceas; un ferrocarril de cuerda que instalaría en el corredor del patio grande, aprovechando como estaciones sus extremos y como largo túnel el amplio canapé que lo señoreaba. ¡Oh, las ilusiones de la niñez, tan sencillas y tan dulces!

Llegó por fin el día anhelado. Leí sin tropiezo cuanto mi padre señaló en un periódico y, palpitante de emoción, escuché, entre un abrazo, lo que mi madre me decía blandamente: esa misma tarde se me daría el premio prometido . . .

Dos, tres, cuatro horas de impaciente esperar. Dos, tres, cuatro horas en que con más fuerza que nunca se presentaban a mi fantasía el triciclo niquelado y el traje de luces, y la escopeta de doble cañón y el ferrocarril de siete carros . . . Muchas veces salí a la puerta de la casa a avizorar la calle . . . ¡No, no era él! . . . ¿Por qué tardaría tanto mi padre aquella tarde? ¿Estaría recorriendo almacenes, o habría bajado hasta la Plaza en busca de un mozo de cordel? . . . Sin duda, sí . . . Pero . . . No . . . Doblaba ya la esquina con su pausado andar y traía, seguramente para mí, un paquete enigmático bajo el brazo . . .

¡Mi premio! ¡Mi premio! . . . Desgarré, alborozado, la envoltura, y cuatro, cinco, seis cuadernos hirieron mi retina con los vivos colores de sus portadas. Un verde renacuajo saltaba, muy de calzones y corbata, al pico abierto de un patazo felón; un gato bigotudo, puesto de pies como un cristiano, ceñía a la cintura una correa rematada por pistola medrosa; lanzaba corvo anzuelo a balde desfondado y azul un pobre sér de ojos muy tristes; rugosa viejecilla comía y más comía sin conseguir hartarse nunca, y rubia pastorcita de mejillas rosadas lloraba por la ausencia de un rebaño que se veía perderse allá, tras de los montes lejanos . . .

Saltando de cuaderno a cuaderno, embelesado con todos, viviendo en mí mismo aquellas vidas, leí y releí muchas veces:

Recoge su sombrerito
y bajo un sol que lo abrasa,
paso a paso vuelve a casa
con aire humilde y contrito.
"Confieso mi gran delito
y purgarlo es menester"
—dice a la madre—. "Has de ver
que nunca más seré malo.
Oh mamita! Dame palo,
pero dame qué comer!"

O aquello otro, que tantas veces me arrancó una sonrisa:

Se murió de mal de arrugas
y encorvada como un 3,

y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Y esta pobre viejecita
al morir no dejó más
que onzas, joyas, tierras, casas,
ocho gatos y un turpial.

○ todavía aquello, tan alegre pero tan triste:

Y así concluyeron, uno, dos y tres,
Ratón y Ratona, y el Rana después;
los Gatos comieron y el Pato cenó,
y mamá Ranita solita quedó . . .

○ la historia doliente de Simón:

A Simón bobito le gusta el pescado
y quiere volverse también pescador,
y pasa las horas sentado, sentado,
pescando en el balde de mamá Leonor.

○ el cuento adorable, mi preferido desde entonces:

Pastorcita perdió sus ovejas
y no sabe por dónde andarán!
—No te enfades que oyeron tus quejas
y ellas mismas bien pronto vendrán.
Y no vendrán solas, que traerán sus colas
y ovejas y colas gran fiesta darán.

Pastorcita se queda dormida
y soñando las oye balar;
y despierta y las llama en seguida
y engañada se tiende a llorar.
—No llores, Pastora, que niña que llora
bien pronto la oímos reír y cantar . . .

Todo eso leía y releía. Poco después, algo extraño pasaba en mi interior. Había comprendido, sin quererlo, que en los renglones cortos y agrupados de mis cuadernos se ocultaba una música deliciosa cuyas notas se me clavaban en el corazón como saetas. Existía también, quién sabe dónde, un mundo en el que los gatos pedían alimentos para sus almas aun a cambio de dolor para sus cuerpos; en

el que nostálgica viejecita suspiraba por algo muy distinto de los manjares de la tierra; en el que mamá Ranita lloraba con voces inefables la ausencia eterna de su Rinrín querido; en el que hablaban los ratones con un acento que parecía venir del arpa de las hadas, filtrado por entre pétalos de flores; en el que Simón, el soñador, lanzaba redes de seda al océano sin fondo del misterio, y en el que la Pastorcita buscaba entre malezas y zarzales, llenos de lágrimas los ojos y acongojado el corazón, un rebaño muy blanco, muy dulce, muy fiel, que se le perdía para siempre...

Rafael Pombo... Siempre ese nombre en mis cuadernos... ¿Quién será Rafael Pombo? ¿Pertenece tal vez a estirpe superior, y se hallará dotado de algún poder maravilloso? ¿Por qué puede escribir de esa manera, y conseguir que hablen las cosas y el orbe entero se rinda a sus mandatos? ¿Qué efluvio arcano alienta en él para que logre llegarse al corazón y despertar en el alma algo que no puede expresarse con vocablos? ¿En dónde su morada inmateral, y su figura incorpórea, y el bosque etéreo en el que cantan sus ruiseñores hechizantes? ¿Vivirá en él acaso un Mago bueno, y es por eso por lo que al golpe de una varita de virtudes surgen ángeles blondos, y serafines armoniosos, y coros de vírgenes que vagan con ingravido andar entre jardines de azucenas?

Mi curiosidad infantil no pudo contenerse por más tiempo. Clavé los ojos sobre los ojos de mi madre, azules y misteriosos como el cielo, oprimí entre las mías sus manos blancas con rayas azulosas, y paso, muy paso, le dirigí la pregunta que me llenaba el corazón:

—Mamá, mamá... ¿Quién es Rafael Pombo?...

Mi madre me contempló por un instante, me estrechó contra sí como temblando, y, sellándome los labios con un beso, me replicó entre asombrada y temerosa:

—Hijo mío... Un poeta...

Un poeta, un poeta... Mi mente de niño no pudo comprender entonces todo el hondísimo significado de esa frase. Me contenté con entrever, acaso más bien con columbrar...

El poeta de la juventud

Pasaron los años lentamente. Mi blanca niñez se fué tiñendo con un color de rosa, y ese rosado pálido, muy pálido, se oscureció hasta convertirse, de pronto, en el escarlata violento de la sangre. Comencé

a sentir dentro de mí fruiciones que antes ignoraba, anhelos que no acertaba a precisar, tristezas insólitas cuyo motivo desconocía yo mismo. Era la juventud, hoguera encendida en mi corazón y que extendía sus llamas por entre mis venas. ¡La juventud, mi juventud!

Mi mundo ideal no podía ser ya el ingenuo y candoroso de Chanchito, el Renacuajo, el Conejo, Juan Chunguero, el Pardillo. Al agua limpia y fresca prefería ahora un licor, no sabía cuál, propio para calmar una sed nueva que me devoraba, me angustiaba, se me hacía más intensa por momentos. Un mundo, sí, un mundo que desconocía hasta entonces comenzaba a mostrarme en lejanía, imprecisos aún, paisajes en los que mi corazón hallaba asilo, lugares deleitosos en los que el alma reposaba. Pero, ¿cuál, cuál podría ser ese mundo?

La suerte me condujo a una lejana población en que debía permanecer algunos días. Era en el diciembre bullicioso, uno de esos diciembres tropicales llenos de rubio sol, pletóricos de lumbre, empapados en fragancia de azahares, vibrantes con el rasgueo de los *tripes*, con el alegre canto de los villancicos, con los bambucos y guabinas bailados al pie de los *pesebres* por parejas que cuchicheaban blandamente... Atracción irresistible me fué llevando a no poderme separar de una doncella cuyos ojos oscuros y grandes ejercían en mí la fuerza de un imán sobre las limaduras del acero. Al pie suyo rezaba la novena del Niño, al lado suyo me encaminaba al río, junto de la suya se columpiaba entre el bochorno mi mecedora de mimbres; para ella cortaba las flores más hermosas en nuestras alegres excursiones, y cuando la noche nos separaba, mi corazón, lleno de ella, se tendía en el umbral de su alcoba a vigilar su sueño, lo mismo que un perro cariñoso...

Pero llegó la hora amarga. Debía regresar a mi ciudad, porque el colegio se abría y el internado me aguardaba. Por vez primera en mi existencia probé la amargura de los dolores verdaderos. Se me iba a arrancar de mi mundo, de ese mundo en donde al fin había encontrado lo que mi espíritu buscaba, para colocárseme de nuevo ante los ejercicios de lengua griega, ante los tratados de filosofía y ante aquella prosodia latina que tanto, tantísimo me fastidiaba. ¡Oh, la prosodia latina! ¿Para qué —pensaba yo— emplear horas y días en aprender que dos sílabas breves componen un pirriquoio, cuando sería mejor seguir tomando entre las mías ese pirriquoio inigualado de sus manecitas tan leves? Y si el yambo y el troqueo no son sino

la unión de una sílaba breve y una larga, o de una larga y una breve, ¿no formábamos un yambo y un troqueo ella y yo, y yo y ella, cuando en las horas del crepúsculo o al amparo de las noches de luna, vagábamos, cuchicheando, por entre las avenidas de naranjos florecidos?

Aquella noche que precedió a la partida no pude reprimir mis sentimientos. Arrullo primero, confesión luego, grito después, llanto en seguida, todo, en fin, lo que me saturaba el sér, brotó de mis labios, de mis ojos, de mis manos, hecho súplica y confidencia, desesperación y esperanza. El viejo ceibo que nos abrigaba pareció como agitarse blandamente; se hizo más dulce y embriagante el olor de los pomarrosos y naranjos; brotaron en el espacio estrellas que parecían sonreírnos, y en tanto que sus manos tomaban en silencio las mías y aterciopelados por el llanto se clavaban en sus ojos mis ojos, en el fondo de nuestras almas reventaba la primavera del amor, con todas sus flores y sus trinos.

Las charlas en el balcón, las llamadas por teléfono, las flores chafadas en los libros, los dulces recados con la sirvienta más vieja, avivaron ese incendio pujante y convirtieron mi existencia en un perpetuo anhelo de continuo gozar, en una eterna inquietud por no sé qué... Inquietud, sí. Me hervía dentro del alma un universo gigantesco, veía mi corazón trocado en nidos de miriadas de aves, me asfixiaba con los perfumes sutiles de mis jardines interiores, necesitaba de un lenguaje inefable para expresar cuanto sentía, y era en vano mi anhelo porque no hallaba en torno mío el eco fiel de aquellos tormentos deliciosos.

Y un día leí, con emoción incontenible:

Era mi vida el lóbrego vacío;
era mi corazón la estéril nada;
pero me viste tú, dulce amor mío,
y creóme un universo tu mirada.

A ese golpe mis ojos encontraron
bella la tierra, el ánima divina;
mundos de sentimiento en mí brotaron
y fué tu sombra el sol que me ilumina.

O aquellas estrofas arrebatadas del "Extasis":

Sobre mi seno amante reclinada,
enlazados los brazos de los dos,

mi faz sobre su faz embelesada,
al través de mis ojos su mirada
parece viendo a Dios.

Al respirar, devuélveme mi aliento
mezclado con su aliento de jazmín;
y sin que hablen las bocas un acento
grita nuestro silencio un juramento
de amor, de amor sin fin . . .

O, todavía, las quintillas inmortales del "Siempre":

Bien pueden su hojarasca, y polvo, y hielo,
acumular los años sobre ti.
Mi corazón sacude el turbio velo
y te halla, oh dulce dádiva del cielo,
fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió El y yo he guardado
tu mejor luz en ánfora inmortal.
porque a cosas de Dios morir no es dado
y eres tú claro espíritu encarnado
en diáfano cristal . . .

¿Dónde está él? Donde tú estés. Bien sabes
que fué, por fiel a tí, conmigo infiel.
Abrelo, que en tu voz están sus llaves,
pero al mirarte en su cristal, no laves
lo que escribiste en él . . .

Al pie de todos estos versos un nombre que me era familiar: Rafael Pombo. Y de la misma manera que, de niño, embelesado ante las estrofas de "El renacuajo paseador" y de "La pobre viejecita", le había preguntado a mi corazón la causa de lo que en mí despertaban, también, ya joven, dialogué conmigo mismo muchas veces sobre el contenido emocional de lo que entonces repetía sin descanso. ¿A qué hora penetró a lo íntimo de mi sér Rafael Pombo y extrajo de allí mis sentimientos más profundos? ¿Cómo logró él expresar con palabras lo que dicen mis ojos con su llanto y el alma toda con un gemido imperceptible? ¿Por qué cuando repito aquellos versos los siento míos, míos propios, como si los hubiera compuesto para Ella? ¿Por qué desea Pombo lo que yo deseo, y sufre con lo que sufro, y llora por lo mismo que lloro, y sueña los sueños que yo sueño? ¿Quién es, por Dios, Rafael Pombo?

Y el corazón me recordó la respuesta aquella de mi madre, en la sala de la casona vetusta:

—Hijo mío, un poeta . . .

El poeta del otoño

Todo aquello pasó, para no volver nunca. Votos de confianza en Dios, frutos de aquel amor de juventud, mezclas sagradas de la sangre de mi compañera y de la mía, se agrupan ahora los chiquillos en torno de nosotros dos, al amparo del calor familiar, en la intimidad confidente del cuarto de costura o de mi pieza de escritorio. La mayorcita se sienta al lado mío, me agasaja, me mimas, y me dice después muy al oído:

—Papacito, ¿me prestas los cuadernos? . . .

Sin esperar respuesta (ella la sabe) toma de mis gavetas un paquete ya viejo, lo desenvuelve con cuidadoso esmero, y comienza a leerles a sus hermanos:

El hijo de Rana, Rinrín Renacuajo,
salió esta mañana, muy tieso y muy majo,
con pantalón corto, corbata a la moda,
sombrero encintado y chupa de boda.
—Muchacho, no salgas!—le grita mamá,
pero él hace un gesto y orondo se va . . .

—¡Ese no!— grita entonces el más travieso de los chiquitines—.
¡El del gato! ¡El del gato!

Y mi muñeca rubia lee entonces:

Michín dijo a su mamá:
—Voy a volverme Pateta,
y al que a impedirlo se meta
en el acto morirá.
Ya le he robado a papá
daga y pistolas; ya estoy
armado y listo; y me voy
a robar y a matar gente.
Y nunca más, ten presente,
verás a Michín desde hoy! . . .

Los ojos de mi compañera buscan los míos y hay una mirada que lo dice todo. Niñez ya ida para siempre, ensueños juveniles que

empiezan a marchitarse en el alma, primeras ráfagas del otoño que precede al blanco invierno. Y recuerdos, recuerdos, recuerdos... El altar adornado de blanco, el primer beso, una ilusión oculta lo mismo que un secreto inexpresable, y esa ilusión vuelta vagido entre los azules cortinajes de las cunas. Después mi padre muerto, sepultada mi madre, el ataúd de nieve al lado del tálamo nupcial... Un rescoldo vivaz ha sucedido al fuego humeante, y la luz de ese rescoldo comienza a alumbrar nuestro interior con la melancólica lumbre del poniente.

Y de las intimidades de mi sér, se escapan entonces los cuartetos deliciosos:

Como Fray Luis tras de su largo encierro
 "Decíamos ayer" también digamos.
 ¿Han pasado años? En la cuenta hay yerro
 o nosotros con ellos no pasamos.

Donde ayer lo dejamos, dulce dueño,
 recomencemos. Recogiendo amantes
 los rotos hilos del antiguo ensueño
 sigamos arrullándolo como antes.

Respetuosa apartemos la mirada
 de tumbas que hay entre partida y vuelta,
 y si hubiera una lágrima ya helada
 ruede al calor del corazón disuelta.

Olvidemos la herrumbre que en el oro
 de la rica ilusión depuso el llanto,
 y los hielos que pálido, inodoro,
 dejaron el jardín que amamos tanto...

Mírame en estos ojos que tu imagen
 extáticos copiaron tantas veces.
 Allí estás tú sin lágrimas que te ajen
 ni tiempo que interponga sus dobleces.

Búscame sólo allí, que yo entretanto
 en los tiernos abismos de tus ojos,
 torno a encontrar mi disipado encanto,
 la juventud que te ofrendé de hinojos...

Y esa es la juventud: el fugitivo
 presagio de la eterna, que al conjuro

vuelve de Amor, como en miraje esquivo,
a enseñarnos un bien siempre futuro...

Siguen los chiquitines retozando, y fingiéndose cada cual, o Juan Chunguero, o la gata Mirringa Mirronga, o el Chumbipe, o hasta el mismo Conejo aventurero. Mi compañera y yo no necesitamos, como los niños, de forjarnos un universo ideal: estamos contemplando entre nosotros mismos el cosmos que dejamos atrás, iluminado ahora por el fulgor penumbroso de los recuerdos.

Aún veo sobre el carbón de tus pupilas
el arrebol fascinador de ocaso;
veo la vacada, escucho las esquilas;
va entrando en el redil paso entre paso.

Escucha recelosa de la sombra
la blanda codorniz que al nido llama,
y al sentirnos parece que te nombra
y que por verte se empinó en la rama.

Escúchate a tí misma en el conceso
de aquella fiesta universal de amores,
cuando nos coronaba el firmamento
cifiéndonos de púrpuras y flores.

Los mágicos endecasílabos de Pombo siguen corriendo suavemente sobre las heridas de nuestros corazones, a la manera de un bálsamo que torna el dolor cruel en cierto espasmo deleitoso; una grata melancolía nos envuelve como en blanduras de raso, y la palabra se convierte en mirada, y la mirada en beso, y el beso en suspiro...

—Hijo mío, un poeta...

El poeta popular

Pero la niñez, la juventud, la edad madura, son ideas generales y abstractas que no pueden separarse jamás de otras ideas, concretas ellas sí y esencialmente inconfundibles. ¿En dónde corrió la niñez? ¿A qué lugares fuimos, de niños, en bullicioso paseo? ¿En qué sitio preciso se cruzaron nuestros ojos con los ojos de Ella? ¿Qué árboles escucharon las confidencias de nuestro amor, cuando vagábamos del brazo por los campos? ¿Cómo era, cómo era aquella tarde en que

sus labios se juntaron por la primera vez con los nuestros? . . . Y el corazón pide entonces algo más que la imagen escueta de una madre, de una doncella, de un niño. Desea oír de nuevo el airecillo popular que aquella noche surgía de las bandolas; anhela extasiarse una vez más ante la policromía taumaturga de aquel bosque que presencié los idilios; busca afanoso el olor que emanaba de los jardines durante aquellas horas de arrobó; pretende grabar, como en una placa fotográfica, todo cuanto le es querido y casi necesario para la vida.

Rafael Pombo sintió en el centro del alma este mandato irresistible. Aguzó los sentidos corporales para ver, oír, palpar, gustar, oler, con más intensidad y más cariño que nadie, ese mundo real que sólo era el escenario maravilloso del universo ideal de sus sueños. Vió los paisajes que le eran caros, aspiró los aromas que le recordaban otros días, contempló las escenas que le habían conmovido, palpó los árboles que guardaban sus nombres, gustó las frutas que cogía cuando niño, oyó las voces que le habían arrullado muchas veces . . . En las fibras más hondas del corazón le resonó todo aquello, embellecido, y del corazón saltó a la pluma, trocado en estrofas en las que, por obra de la sinceridad, quedó prisionera el alma misma del terruño:

Cuánto diera el gran señor
del más pomposo castillo
por un árbol, el peor,
de esos que tumba un pastor
para probar su cuchillo,

y al hacer su parque un rey
qué diera por una calle
de esas de *mayo* y *copei*
por las que baja la grey
al verde fondo del valle!

El plátano y el *anón*
brindan aquí al peregrino,
sombra para su camino,
pan para su inanición,
para su sed fresco vino . . .

Vilandas y venturosas
aroma en su aliento exhalan.

y allí en selvas misteriosas
harén de silvestres rosas
lo besan y lo regalan.

Oye el zumbido del río,
del valle eterno cantor,
y no le turba el chirrío
que hace, cumbrando el bajío,
el trapiche volteador . . .

Y luego el aire popular, en toda la belleza de su verdad:

Siga la rueda
del torbellino,
que en la arboleda
ya rueda el trino
del gurrumino
curruculá:
el adivino
del matutino
sol asesino
cuando en lo fino
ya entrando va.

Tray-la-ra-lá!

Ya el alba ufana
sabrosa mana
su fresco aroma
de mejorana,
y la paloma
dice al palomo:
—Piquito romo.

Curuculá . . .

Y ande la rueda del torbellino,
del torbellino
que no la exceda
la de un molino!
Ande y suceda
lo que suceda
que ésta es la rueda
de amor ladino,
y todo indino
la pagará . . .

Tray-la-ra-lá!

El airecillo popular, sin embargo, le ha hecho recordar algo más bello. Era en su fresca juventud, allá en las márgenes del Cauca, entre el aroma de los azahares, en una noche en que la luna se levantaba como hostia blanca sobre copón cerúleo de las montañas distantes. Había doncellas de ojos fúlgidos, había galanes que les decían ternezas, había frescura en el ambiente, y había, como alma de todo, una música extraña, desgarradora e incierta, que parecía brotar más de los corazones que de las bandolas, menos del *triple* sonoro que de las entrañas palpitantes de la naturaleza... Y el recuerdo se aviva, se ensancha, se ennoblece, se diviniza, hasta que no cabiendo ya dentro de Pombo salta, de pronto, vuelto las redondillas más bellas que se hayan escrito en castellano:

Era una noche de aquellas
noches de la patria mía,
que bien pudieran ser día
donde no hay noches como ellas.

El terciopelo mejor
al del cielo no igualaba,
ni estrella alguna faltaba
a esa gran cita de amor.

Oíanse los bramidos
del Cauca y sus reventones,
como enjambre de leones
celosos o mal dormidos.

Y el aura circunvolante
embalsamaba el lugar
de albahaca, de azahar
y de jazmín embriagante.

Napangas que por modelo
las quisiera un escultor
giraban en derredor
de las lámparas del cielo.

De indianas y de españolas
las perfecciones lucían,
lindas, ¡ay!, que parecían
enamorarse ellas solas...

Rica tez, mórbido pecho,
nada de afeito o falsía,

que el arte no enmendaría
lo que hizo Dios tan bien hecho.

Contra el talle del jazmín
un brazo en jarra elegante,
caído el rostro adelante
sofaldaba el faldellín.

Y era de verse el candor
de esos rostros de ángel, cuando
iba en los pies retozando
un demonio tentador.

Y qué pies! Ni el mameluco
sultán mejores los vió:
el Diablo los inventó
para bailar el bambuco.

Se alternaban pulcramente
hincando rápida huella,
y ondulaba toda ella
la fascinante serpiente.

Al compás del tamboril
con la bandola armoniosa,
y a la venía respetuosa
del desafiador gentil,

una por una salía,
hacia su galán derecha,
y él, la boca almíbar hecha,
aguardando parecía.

Mas con *sandunga* imanada,
ella escapando del pillo,
como el boa al pajarillo
le atraía en retirada . . .

Pero, ¿a qué continuar transcribiendo? Testigos de escenas semejantes, pobladores de sitios iguales en todo a los descritos, organismos que llevamos el bambuco hasta en los glóbulos rojos de la sangre, sentimos en este instante que arden nuestras almas como estopa en el fuego vibrante de las estrofas arrobadoras . . . Lamentos de una raza vencida, pulsaciones de nuestra propia tierra, alegrías que se entristecen de pronto, tristezas que se hacen alegres de repente, todo, todo resucita al conjuro de estos versos, segundo himno

nacional de Colombia. Y el corazón rebotante de terruño, parece que nos habla para decírnos lo que ya comprendemos:

—Un poeta, hijo mío, un poeta . . .

El poeta de la patria

Pero los recuerdos de la niñez, las añoranzas de la juventud, las melancolías mismas del ocaso, todo eso que, aliviado por el paisaje y por la música, constituye la esencia de nuestros seres y la razón terrenal de nuestras existencias, se expresa en los idiomas de los hombres con una palabra que concisa lo que parecía imposible de concisar. Juntemos en una sola emoción nuestra niñez, nuestros juegos, nuestro padre, nuestra madre, la novia de la juventud, los sitios en donde con ella paseamos, nuestras alegrías, nuestras angustias, nuestras esperanzas, hasta las fragancias y los ritmos que nos placen con más veras, y a las bocas vendrá la palabra que lo dice todo en dos sílabas: ¡Patria! ¡Patria!

Un corazón como el de Rafael Pombo, abierto a todos los vientos del espíritu, no podía menos de vibrar con el corazón de su patria, la de los bambucos, la de las selvas, la de las mujeres hermosas, la de los héroes ilustres. Las aventuras mismas del Gato bandido, las de Rinrín el Renacuajo, las de la mismísima Pastorcita, hablaban ya a la imaginación infantil de algo que el niño empezaba a comprender confusamente. ¿No regresaba Michín a su propia ciudad o a su propio pueblo, al lado de una madre que habitaba allí desde hacía muchos años? ¿No era mamá Ranita la pobre anciana para quien todo se reducía al ancho estanque poblado para ella de remembranzas? ¿No se habían perdido a Pastorcita unas ovejas, iguales en todo a las que triscaban en el potrero de enfrente, al pie de los árboles centenarios que las habían visto nacer? ¿No hablaban todos en la misma lengua, aprendida sobre las rodillas de la madre? . . .

Crece el niño, y un día le enseñan a cantar en el colegio, al són de una corneta y un tambor:

Adelante, valientes muchachos;
suenen cajas, y trompas, y cachos;
bata el viento los rojos penachos;
vista al frente y al hombro el fusil!
Adelante, cachorros intrépidos!

Rataplán, rataplán, rataplán!

Pero al ver ese viejo soldado
que le dió media pierna al Estado,
y quedó sin fortuna y baldado
porque el pueblo viviera feliz,
presentadle las armas, dad vítores
y las palmas del triunfo batid.

Rataplán, plín, plán!
Rataplán, plán, plín!

Suplicadle que cuente la historia
de esos días de muerte y de gloria,
lanza y fuego, derrota y victoria,
hambre y sed de amarguras sin fin.
Y que pase revista al ejército.

Rataplán, rataplán, rataplín!

Adelante, marchad veteranos!
Pero nunca enrojezca esas manos
sangre nuestra de amigos y hermanos
en interna, sacrílega lid!
Guardad toda la furia y la pólvora
contra el que ose la Patria invadir!

Rataplán, rataplán, rataplín!

¡Es la Patria! ¡Es Colombia! Sigue el niño leyendo, y otro día
encuentra en su libro de lectura una composición que le entusiasma:

Quién pudiera, como otros,
referir a nuestra edad:
Vi a Nariño en Calibío
y vi a Ortiz clavando audaz
su pendón en la Cuchilla
junto al sátrapa real,
y caer como Leonidas
con trescientos héroes más.

Vi a Ricaurte haciendo él solo
en combate sin igual,
un Tabor para la gloria,
para Boves un volcán.
Y vi al Hombre de las Leyes
en el caos gobernar,
y de un yermo alzar un pueblo
que venciera en Boyacá.

Y vi a Sucre, el más modesto
y el más bravo Capitán,

calculando la victoria,
 manejando a su rival.
 Y llegando el jaque-mate
 oí a Córdoba mandar
 aquel paso que a la España
 medio mundo arrancó audaz.

Y, oh delicia!, lo vi todo
 en Bolívar inmortal
 de quien dijo el gran Camilo:
 "Nuestra patria en él está."
 Alma y vida de sus almas,
 sol de fe, de voluntad,
 Dios presente en todas partes
 cual segundo Jehová . . .

Por el alma del niño pasa una ráfaga candente. Las estrofas de Pombo han sacudido en él un sentimiento indefinible. Le entusiasmaron primero con la patria pinturera y alegre de los fusiles y de las cornetas, de los penachos y de los tambores; le llevaron luego, sin saber cómo, hasta las propias almas de los creadores de Colombia, y le presentan ahora a la fantasía, en un derroche de imágenes soberbias, lo que fué aquella gesta portentosa, que, comenzada en una calle santafereña, habría de terminar en Ayacucho, ante el asombro del propio Dios!

Y el niño sigue leyendo, releiendo . . . Son versos que se llaman "Queseras del Medio", "Patria y poesía", "Sucre derrotado", "La tumba de Ricaurte" . . . Allá, sobre los montes, ha comenzado el crepúsculo. Nubes gualdas, nubes púrpureas se tienden sobre el azul de la cordillera. El sol es ahora como una bola de fuego . . . Oro, azul, rojo . . . Oro divino del poniente, azul de las montañas familiares y de los ensueños más caros, rojo encendido del sol en los atardeceres de una tierra regada con la sangre de sus mártires . . . ¡La bandera de Colombia! ¡Mi bandera! . . .

El poeta religioso

Un poeta completo, diréis. Cantor de la niñez, confidente de la juventud, rui señor del otoño, alma del alma popular, cantor vibrante de la patria . . . Sí, pero todo eso es poco todavía. Fuera ello, no más, Rafael Pombo, y faltaría en su lira la más valiosa y la más

fina de las cuerdas. La cuerda que sólo se toca para expresar lo inexpresable.

Hay momentos, los más en nuestra vida, en que no bastan ni el amor, ni la esperanza, ni la Patria siquiera, para calmar la sed que nos devora, el hambre interna que nos desgarran las entrañas. Ante una indefinible lejanía, ante el misterio de una noche estrellada, ante el agitarse infinito de las olas, sufrimos en el centro del alma la nostalgia invencible de quien se siente ausente de sí mismo, de quien se comprende habitante de un mundo muy superior al que pisamos. Es el instante indefinible en que las cosas hablan con un acento extraño, y en que se inmortaliza la tierra para juntarse con el cielo.

Oigamos a Pombo, en lo profundo de nosotros mismos:

Están enamorándose
 todas las cosas bellas,
 y viento, y mar, y estrellas
 se sienten palpar.

Estrellas mil descienden
 al mar, enamoradas,
 y así nuestras miradas
 del alma al fondo van . . .

Huyamos de la tierra,
 prisión de polvo y duelo,
 y hagamos rumbo al cielo
 por el azul del mar.

Boguemos donde existen
 las glorias que soñamos
 y nunca más volvamos
 al mundo a despertar . . .

¿Por qué? Sencillamente porque Pombo está dialogando con su alma, y el alma sabe secretos inefables:

Esta sublime paz que me estremece,
 este silencio asombrador, profundo,
 más que la hora mundanal, parece
 la víspera imponente de otro mundo . . .

¿Pero acaso esta paz no es también la paz dulcísima que la contemplación de un crepúsculo había dejado en el alma del poeta?... La misma, sí... Continuemos escuchándole:

La tarde! La hora del perfecto aroma,
la hora de paz, de intimidad perfecta,
cuando Dios sobre el sol que se desploma
el infinito incógnito proyecta.

Cuanto es ya el suelo en fuego y tintes falto
es de ardiente el espíritu y profundo,
y abiertas las esclusas de lo alto
flotamos en las brisas de otro mundo...

El infinito, la eternidad: Dios. Ese es el secreto de la nostalgia que martiriza a Pombo con un martirio deleitoso. Por eso el arranque sublime, casi místico, con que inicia su "Noche de diciembre":

Noche como ésta y contemplada a solas
no la puede sufrir mi corazón:
da un dolor de hermosura irresistible,
un miedo profundísimo de Dios...

Pero la ancianidad toca a las puertas del poeta y éste se ha serenado a fuerza de contemplar el cielo. Es entonces cuando hace, la vida toda en los labios, esta divina confesión:

No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días,
oh Patria! oh casa! oh sacras Musas mías!
Silencio! Unas no son, otras me niegan!

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosías,
y del rumor de ajenas agonías
sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la vejez viajera de la noche
y al paso que la tierra se le oculta
ábrese amigo a su mirada el cielo...

Es el canto del cisne. En la alcoba penumbrosa un lecho en donde Rafael Pombo agoniza. Al pie del lecho marchitas coronas de laurel, juguetes rotos, flores muy rojas que acaso conservan la huella de unos labios. Y sobre la baranda del lecho, como amparando a su huésped, los brazos extendidos del Crucifijo.

—Un poeta, hijo mío, un poeta...

Entre el alma de Pombo

¿Habría necesidad de que, vaciado ya mi corazón (y el corazón será siempre el crítico mejor de los poetas), penetre, siquiera sea por un momento, al análisis literario de la obra poética de Pombo? Tal vez no. Además, ese análisis lo hizo el mismo Pombo, sin saberlo quizás:

Si soy caucano o bogotano, acierte
otro a decirlo, porque no lo sé...

O lo que es lo mismo, en prosa limpia: nací en Bogotá, viví en ella, aprendí a amarla, pero inolvidable permanencia en el Cauca hizo que el bogotano se caucanizara, hasta el punto de que viene a ser a un mismo tiempo caucano y bogotano... Un autoanálisis tan completo como verdadero...

Sin otra perspectiva que montes escuetos y la sabana monótona, ante vegetación poco variada, el clima frío que casi obliga al traje oscuro y al amparo de los techos amables; bajo un cielo en que las nubes se complacen en manchar el azul, y entre un ambiente silencioso que invita al semitono y a la confidencia, el bogotano adquiere, sin notarlo, una idiosincrasia especial que lo hace inconfundible y extraño. Es hogareño, amante de lo antiguo, refinado, y, por sobre todo, espiritualista. Este espiritualismo, reacción natural de la lucha entre el medio triste que le rodea y esa hambre de goces oculta en todo ser, le hace mirar los hombres y las cosas con una despreocupación y un desenfado que no permiten en su corazón la arremetida de las pasiones tumultuosas. Con un gracejo inesperado liquida todo el horror de una tragedia, y con el corrosivo de la sátira, deslía para siempre lo que le incomoda. Pero tras la alegría momentánea vuelve a sumirse en la meditación. Es porque en forno suyo todo le predispone a la tristeza, y de la tristeza se defiende con las dulzuras misteriosas de la melancolía.

El caucano, en cambio, tiene presente ante sus ojos la visión maravillosa de una tierra siempre nueva, de un medio siempre alegre, de un colorido siempre múltiple. La lucha en su espíritu no es la que entabla la tristeza de afuera con la alegría de adentro, sino la más ruda que resulta del choque entre el medio exterior, jocundo y fértil, y el corazón humano, entristecido a veces por el paisaje interior. Esta pugna violenta se sigue renovando a cada momento. Florecen los *cachimbos*, el alma sangra; canta el río, el corazón solloza, y el habitante del Cauca acaba por formarse al fin una idiosincrasia tan inconfundible como la del bogotano. En éste lo subjetivo se tiende sobre lo objetivo; en el caucano lo objetivo se subjetiviza. Dos sombras ingravidas que vienen del misterio se juntan en una sobre las arenas tristes de la sabana empapada de noche: es Bogotá. Linda doncella muere de amor por el lejano Efraín, y el río familiar, orillado por *cachimbos* y guásimos, se copia en sus pupilas luminosas: es el Cauca.

Juntemos ahora a Bogotá y al Cauca en un ser en que se confunden las características de ambos; dotémoslo, además, y para que en él se cumplan las leyes de la herencia y del atavismo, de unas cuantas gotas de sangre irlandesa; hagámoslo vivir en pleno apogeo del romanticismo; pongámos a latir entre su pecho un corazón todo bondad, y sensible a la belleza como pocos; hagamos que ese ser, en tierra propia y en suelo extraño, sufra y goce, ame y llore; enriquezcámoslo, finalmente, con un profundo conocimiento del lenguaje y con extrema facilidad de expresión. Tendremos, si las leyes antropológicas se cumplen, un hombre soñador y realista, hogareño y contemplativo, generoso y mesurado, alegre y triste, uno y múltiple, pero, ante todo y por sobre todo, poeta. Tendremos, en sólo dos palabras, un hombre que se llamó Rafael Pombo.

No es preciso profundizar en el análisis. Ese sabor inconfundible de los versos de Pombo, en los que se mezclan la risa con el llanto, la poesía con la prosa y aun la armonía con la dureza; ese pasar sin esfuerzo de lo trivial a lo sublime y de lo terreno a lo celeste; ese vendar las heridas y asordinar los lamentos; ese cantar, como las aves, sin más pauta que la propia emoción; ese guardar medida extrema en una época en que la exageración lo era todo; ese hermanarse espiritualmente, sin pretenderlo, con la exaltación mística de Coleridge, con la suave dulzura de Lamartine, con la blandura íntima de Keats, con la precisión maravillosa de Long-

follow; y ese vivir la vida sin más preocupación que el canto, ni más alimento que el ensueño, no podían ser sino la resultante de esas mezclas de temperamentos y de ideales, de realidades y de visiones, que se operaron en Pombo por un designio de Dios.

La poesía colombiana

Suelo, en mis noches de estudio y de meditación, recrearme con la imagen de una mujer fascinadora que a mí llega desde las brumas del pasado —una lira en la mano y un verso en los labios— y que ante las pupilas absortas de mi fantasía, va cambiando de traje y de apariencia, de belleza y de gracia. Virgen y madre, morena y rubia, espíritu y materia, cielo y mar, todo encanto está en ella y toda emoción le deja un eco. Lloro y río, habla y canta, suspira y se lamenta. Múltiple con la multiplicidad de la creación, es también la unidad misma. El vario acento de diversas notas, de armonías diferentes, de acordes desiguales, se junta, si ella habla, en una maravillosa sinfonía que llega al corazón y que lo embriaga de belleza. Ya viene, ya penetra . . . Es la poesía colombiana.

Vaporosa y aérea, incienso y lirio, sube hasta el trono del Altísimo, con alas arcangélicas, en los deliquios arrebatados de una monjita colonial; calza el coturno de la tragedia clásica, y las figuras de Atala y de Guatimozín se relievan sobre bloques eternos; deleita a un bardo con los atardeceres tropicales, o, alegre y bullanguera, lo sacude en seguida con amorosas convulsiones; contemplativa y profunda, llena de imágenes gloriosas la majestad del bautisterio, o comprende ante el mar —el inmenso, el insondable— que todo es pequeño y todo vano; vuelta Pubenza, la romántica, arrulla en las noches de la prisión los santos sueños del Mártir que la vistió con ese traje; puesta en sus labios la trompeta heroica se complace en loar a los colonos o en extender al viento de la inmortalidad el tricolor de la bandera colombiana; trocada en Julia, la antioqueña dulcísima, divaga por entre maizales sonoros, fosforescentes como cocuyos las pupilas y ornada la frente con batatillas pudorosas; extasiada contempla cómo la lumbre de la luna cubre las rocas con túnicas de encaje o se abanica en el desierto sobre el vaivén moroso de las palmeras adormidas; bajo la forma de María —encarnación divina del amor y del ensueño— espera el regreso de Efraín sentada al lado del perro fiel, y mientras el ave negra agita sus alas entre la som-

bra del misterio; canta en idioma de Castilla las hazañas de Eneas o sublimiza en oda augusta, más duradera que el bronce, los dolores íntimos del Gigante de América y de la raza; ante el temblor luminoso de las constelaciones piensa en que un día habrán de apagarse las estrellas para que surja de entre sus ruinas, más fúlgida, la eterna constelación de las almas; castiza y montañera, se alberga en la aldea de Villasuta, amiga del cura y del alcalde, para vivir la vida alegre del *toche* que brinca en los *curubos*, de los chorros de agua que saltan en las piedras de la pila; acompaña la aflicción de un ser doliente y trueca en diamantes las lágrimas que éste derrama sobre los pétalos de su margarita desgajada; bebe cerveza al lado de tres estudiantes de Colonia y luego, al más sensible, le muestra el parque de la primavera desde las vidrieras del otoño; confidente de un bohemio inmortal, le sigue a los oscuros cementerios y a las tabernas humosas, le hace mirar la luna que amorosamente se besa con el mar en el oscuro tálamo de la noche, y le enreda en el corazón la negra araña que urde su tela en los marchitos laureles de las coronas; se hace abeja dulcísima para llevar miel deliciosa al pecho rasgado de un robador de corazones; sombra que viene de ultratumba entre un tañido de campanas dolientes, se junta con otra sombra que vaga por la sabana entristecida, y al amparo de la luna consigue que las dos sombras se vuelvan una sola, que se proyectara para siempre sobre la puerta de lo arcano; canta los cantos de la noche con un acento delicioso en que brisa de lágrimas parece tamizarse por entre las ramas del viejo sauce mussetiano; baja de las nevadas cumbres en donde los cóndores compiten con las águilas para embeberse en la llanura con el vaivén de los trigales rubios, y levantarse nuevamente, en alas del viento que agita las espigas, hasta el sagrario en donde Dios se oculta tras de los velos de la Eucaristía misteriosa; india salvaje y pintoresca, vive en los montes y los llanos, mira correr los rudos potros, oye el lamento de la torcaz dulcísima, salta cual un jaguar sobre la presa, o grávida se tiende como un río en espera de la estrella lejana que ha de bogar entre sus ondas; roja llama que —aun alimentada por miserables basuras o por estéril carbón, eleva siempre a los espacios su penacho ribeteado de azul— se retuerce atormentada a todos los vientos y a todos los ciclones, hasta que la apaga a las miradas del mundo el soplo helado de la eternidad; campesina de alma blanca y sutil, brota armoniosa para fascinar a los labriegos con el *quereme* y el *asina* que envuelven sus más ín-

timos anhelos; pisa linderos exóticos y explora países enigmáticos en los que ambulan doncellas espectrales y etéreas cabe jardines de amapolas; asciende majestuosa a contemplar desde la cumbre excelsa, no tan sólo la crucifixión del Vidente o la mujer tendida sobre el ébano, sino también el triunfo eterno que sobre las fuerzas mecánicas obtienen las fuerzas vivas de la naturaleza; gloriosa, en fin, deja el umbral polvoroso en donde dormita can mísero, los socavones oscuros que saben del dolor de los obreros o el viejo puente de donde un loco se lanzara, para internarse en el desierto vestida con trajes imperiales y embelesarse allí ante el desfile de los camellos lánguidos, ante la linda pecadora por la que abandona Palemón su columna, o ante el armonioso Cenobiarca que borra con el signo de la Cruz las huellas profundas del Centauro . . .

Pero, de pronto, un viejecillo de aspecto jovial golpea a las puertas de mi memoria. Modesto, sencillo, candoroso, me mira como a su antiguo conocido. ¡Es él, es Pombo! El rostro delgado, las gruesas gafas, la perilla grácil que tantas veces he visto en sus retratos. Llega hasta mí, lo contemplo, y la mujer ideal con que soñaba en ese instante se convierte, sin que lo advierta yo cómo, en una teoría luminosa de mujeres divinas: dulce abuelita arrulla al nieto en las rodillas, contándole cuentos deliciosos; férvida virgen deja volar su corazón en alas de estrofas armoniosas; *ñapanga* de ojos fúlgidos baila bambucos al són de las guitarras; madre llorosa, se sume blandamente entre las luces amortiguadas del crepúsculo, y, el gorro frigio en la cabeza y el tricolor en la mano, canta la Patria sus glorias imperecederas. Late entonces mi corazón con premura, rebosa mi alma de entusiasmo, saltan las lágrimas de mis ojos, y brota de mis labios, hecho oración y hecho grito, el verso mágico de Dante: *Onorate l'altissimo poeta!*

NICOLÁS BAYONA POSADA,
Bogotá.

